



PENTECOSTÉS EN LAS FAMILIAS

Alejándonos del miedo, acercándonos a la Fe

Hechos 2, 1-4 *"Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar. Y de repente sobrevino del cielo un ruido, como de un viento que irrumpe impetuosamente y llenó toda la casa en la que se hallaban. Entonces se les aparecieron unas lenguas de fuego, que se dividían y se posaban sobre cada uno de ellos. Quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les hacía expresarse".*

Hoy celebramos Pentecostés, la gran festividad del Espíritu Santo. Pero, ¿es verdad? ¿Sentimos realmente este día como gran fiesta? ¿Nos emociona interiormente Pentecostés, como lo hace Navidad?

Muchas personas se refieren al Espíritu Santo como la tercera Persona desconocida de la divinidad, el Dios desconocido para los cristianos. Y es que muchas veces se nos olvida invocarlo, puede ser que no nos pase a todos, pero sí a la mayoría.

Ese ruido de viento impetuoso, que nos hablaba el pasaje de Hechos de los Apóstoles, es la fuerza de Dios, es la fuerza de su gracia, cuántas veces hemos sentido que el Señor nos pide algo grande o quizá no tan grande, pero que nos cuesta darlo, por ejemplo, **la primera vez que fuimos animadores de grupo**, es muy probable que hayamos sentido miedo, dudas, es algo normal porque es una misión que debemos llevar juntos como esposos y con mucha responsabilidad, guiar, animar a nuestro grupo de crecimiento, dar la cara por nuestro grupo, quizás tememos como dicen no dar la talla, quedar solos con toda la carga, sin ayuda...

Pero a pesar de todo ese miedo que sentimos, nos llenamos de valor y decidimos aceptar esa misión, confiados en que no íbamos a estar solos, que el Señor iba a estar con nosotros. ¿Y quién creen que es esa persona divina que está a nuestro lado?, socorriéndonos cada vez que sentimos miedo?... Es el Espíritu Santo de Dios, el que nos prometió Jesús que nos iba a enviar, una vez que subiera hasta donde está el Padre, es ese Paráclito, ese Consolador.

Pero eso fue la primera vez, donde llegamos a sentir ese miedo por esa gran responsabilidad que se nos venía encima, por eso nuevo que nunca habíamos experimentado; miedo porque nos estábamos comprometiendo a ser verdaderos pastores, donde **estábamos dispuestos a darlo todo por nuestras ovejas**; pero los que hemos sido animadores por segunda, tercera o más veces, ¿Qué ha pasado con nosotros?, hemos vuelto a sentir ese miedo? ¿Tal vez no verdad?, pero quizás no es porque ese miedo ya no exista, sino quizás por falta de interés, porque animar el grupo nuevamente lo vemos como una ronda más, desánimo, creemos que ya tenemos experiencia, que ya sabemos cómo es, porque ya me toca hacerlo, porque sabemos que tenemos simplemente que soportar un año de aprietos y listo, regreso a mi rutina de pasividad, ya no hay



esa entrega total, ya hay desánimo porque sabemos que cuando somos los animadores muchas veces nos toca responder solos. Pues bien, hermanos, esto es también falta del Espíritu Santo en nuestros corazones de animadores, no es solo sentir ese miedo que sentían los discípulos antes de recibir ese soplo impetuoso del que nos habla las escrituras, es también el desánimo por no querer llevar la barca junto con nuestros hermanos.

¿Entonces que tenemos que hacer como Matrimonio Animador?

Debemos revivir la Llama del Espíritu Santo en nuestras familias.

Y ¿Cómo lograrlo? En primer lugar, recordando que no estamos solos, invocando el Santo Espíritu, dejándonos sostener por el Espíritu Santo, pidiendo su ayuda en los momentos difíciles, y esforzándonos por ser mejores y cumplir eso que le pedimos y que sabemos que nos dará.



5 CONSEJOS PARA SER MÁS DÓCILES AL ESPÍRITU SANTO

- 1** Recuerda que **"no estás solo"**. El Espíritu Santo te acompaña.
- 2** **Invócalo** antes de cada acción o proyecto que realices.
- 3** **Déjate sostener** y consolar por Él en las dificultades.
- 4** **Pídele ayuda** para poner en práctica el Evangelio.
- 5** Esfuérzate por llevar una vida de **oración constante**.

Desde la fe

Una vez que hayamos cumplido todo esto, podemos decir que estamos Viviendo la espiritualidad conyugal y familiar, lo que nos ayuda a tener nuevas relaciones: en primer lugar, una nueva relación con Cristo que se ha venido a habitar con nosotros a través del sacramento del matrimonio; a su vez una nueva relación con el Padre y el Espíritu Santo, constituyendo en la tierra un verdadero icono de la santa Trinidad. Desde aquí se sabe que la espiritualidad específica la viven las familias cristianas como 'iglesias domésticas', transformando según Dios las realidades terrenas.



El Espíritu, que es amor y vida, es el creador de la familia.

Vivir la espiritualidad propia de la familia es vivir la caridad familiar.

Lo importante en nuestra vida es cumplir con la Voluntad de Dios, para poderlo hacer hay primero que descubrir en nosotros esa voz que nos va diciendo el camino que debemos de recorrer. Luego aceptarlo, pero con la alegría de saber y que tenemos la plena confianza, de que es la voluntad de Alguien que nos ama de forma infinita. Que nos lo ha demostrado muriendo por nosotros en una Cruz.

Cumplir con el plan que Dios ha trazado para cada uno debe ser nuestro proyecto de vida. Pero debemos esforzarnos por cumplirlo de la mejor forma posible y no ser conformistas diciendo “vivo el día a día, a como salga”.

Ser cristianos supone dar testimonio del amor de Dios por cada uno de nosotros. Nuestra vida ha de centrarse en dar ese amor de Dios a todos. Sin excluir a nadie.

Debemos tener en cuenta siempre una frase que dijo el Papa Francisco, “la familia no debe vivir replegada egoístamente sobre sí misma, sino que ha de vivir encarnada en la sociedad”.

En realidad, el Espíritu Divino está cerca de nosotros, está presente en nuestras vidas, desde el Bautismo, es el huésped de nuestra alma, como lo dice el Canto. Pero tenemos que descubrirlo, tomar en serio su presencia en nuestro interior, dejarnos guiar, dejarnos enriquecer y ser educados por Él.

Ahora, ¿quién es este Espíritu Santo que bajó en Pentecostés sobre María y los apóstoles, y que vive en nuestras almas?

Sabemos que Dios es un Dios comunitario, desde la eternidad, que es una trinidad de personas. Sabemos que Dios es un Dios Familia: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Y nuestras familias humanas fueron creadas a imagen de esta familia divina. Por eso, si nada es más semejante a Dios que nuestras familias humanas, entonces hallaremos también en ellas con qué caracterizar el Espíritu Santo, debemos reflejar esa familia divina a través de nuestras familias.

Los apóstoles estaban reunidos con María en el Cenáculo esperando con ansias al Espíritu prometido.

También nosotros hemos de ubicarnos espiritualmente en la situación del Pentecostés histórico. Y esperar con ansias ese Pentecostés, esa Llegada del Espíritu Santo a cada una de nuestras familias, de nuestros grupos de Crecimiento, de nuestro Movimiento.



Y nuestra oración ha de tener el mismo contenido que la de María y los apóstoles en el Cenáculo: ¡Ven, Espíritu Santo, ven sobre nosotros ven a nuestros corazones! Porque lo anhelamos, porque todo necesitamos, porque no podemos hacer nada sin tu fuerza, tus dones, tus frutos.



Frutos del Espíritu Santo: Gozo, Paz, Paciencia, Benignidad (Amabilidad), Bondad, Fe, Mansedumbre (Dulzura), Templanza (Moderación), Amor (Caridad), Alegría, Longanimidad (Perseverancia), Fidelidad, Modestia, Castidad

Para finalizar, invitamos a reflexionar la cita de **San Juan 20,19-23**, que en resumen nos indica que *Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo.*